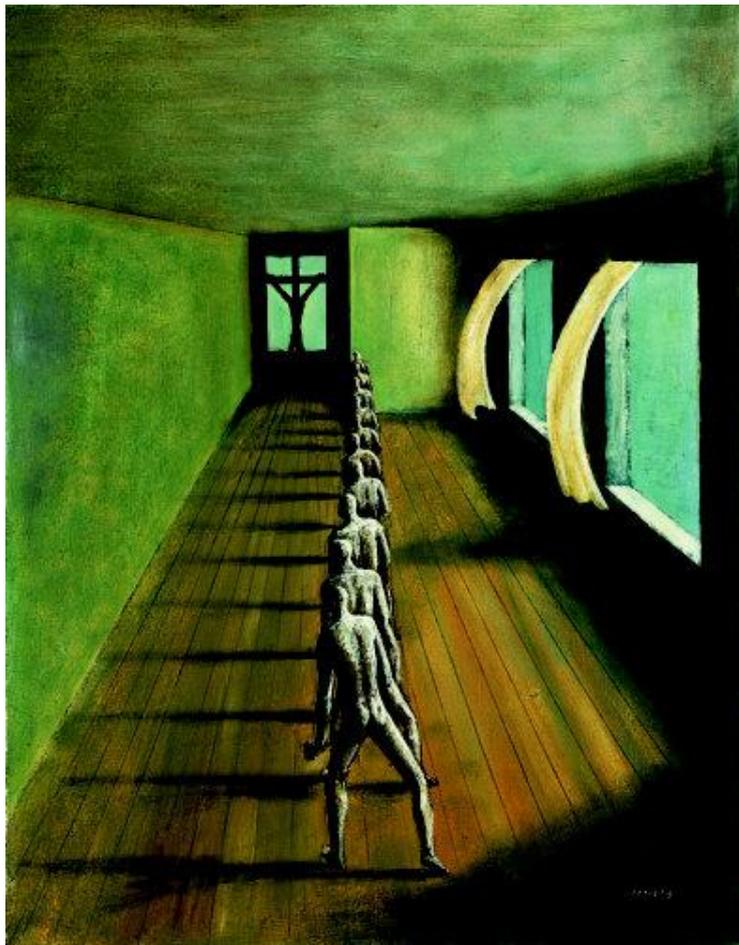


**DIVINO JULIO**  
**(Historia de una deificación)**

Una novela original de

**JAVIER MUÑOZ**



## Capítulo I

—Quiero resucitar a Jesucristo —dije—. Es la única manera de sacar esto adelante. De que yo pueda aportar algo interesante al Proyecto. Decíais que estaba todo finiquitado y concluido; pues yo digo que no, que aún hay un recoveco, y eso solo se solucionará si resucitamos a Jesucristo. ¡He dicho!

Me miraron todos con el hastío habitual que mostraban ante cada proposición mía. Algunos suspiraron y solo el Becario se dignó a expresar todo lo que los demás pensaban:

—Pero eso, como entenderás, es imposible... No, no me malinterpretes, no digo que hubiese sido una mala idea... Pero tú sabes, igual que yo, que Jesucristo no existe, que es solo ficción; tenemos pruebas, y desde luego que las tenemos, del absurdo que son las religiones, más aún las terrícolas... Nada de eso es real, ni podría serlo...

—Lo sé, lo sé, no me estás entendiendo... No me refiero al Jesucristo divino, místico, el religioso; entiéndeme, yo no creo en eso de que Dios sea uno y trino, ni en patochadas así, ni siquiera creo en ningún Dios... No... Yo hablo de otra cosa, hablo del Jesucristo real, del Jesucristo humano; hablo de Jesús de Nazaret, en definitiva.

—Pero eso es ridículo —repuso entonces el Rival—. Religiones aparte, todos sabemos que no existió ningún Jesucristo. No es como Mahoma, un sujeto al que se le pueda biografiar, aunque sin poderes místicos; no, el solo personaje, en sí, es pura ficción, y lo sería, claro que lo sería, aunque no se le atribuyera carácter divino, aunque Santo Tomás no hubiese proclamado trinidades...

—Falso —protesté—; que digas esas cosas solo demuestra, por tu parte, ignorancia sobre la Antigüedad terrícola, porque todos sabemos cómo Tácito y Flavio Josefo...

—¡Al cuerno con Tácito y Flavio Josefo! ¡Siempre lo mismo! ¡Siempre se recurre a Tácito y Flavio Josefo cuando surge este tema! ¿Es acaso verdad absoluta lo que ellos dos digan? ¿Qué pruebas dan? ¿Dicen algo conclusivo sobre Jesucristo, algo verosímil, algo que no esté ya en el Evangelio? ¿Tenemos pruebas, acaso, de que no se hayan inspirado en San Marcos para decir todo lo que dicen? ¡Y no me hagas hablar de la fecha de composición de...!

—Me estás hablando desde el rencor, desde la envidia. Tus inquinas personales te impiden ver cómo...

—¡Mirad este, pobre ingenuo, que se cree, aún hoy, que Jesucristo es real!

—¡Jesucristo sí es real! —insistí— ¡Esto ya es una cuestión de principios, y en esto me va la misma dignidad! ¡Pongo en compromiso todo lo que me es valioso con tal de demostrar que ese sujeto, mal que nos guste, sí existió, sí, en Nazaret y en torno al año que marca el calendario terrícola...!

—Está bien, pongamos que Jesucristo realmente existió, que es un individuo histórico al que se le puede biografar —intervino entonces el Supervisor—. Dejemos de lado todo lo milagroso, lo metafísico; nada de milagros, nada de ser el mesías, de ser el hijo de Dios, de ninguna fantasmagoría así. Aceptemos como real solo lo que se le atribuye a Cristo dentro del marco de leyes físicas, factibles. ¿A qué quedaría reducido? ¿A profeta de secta, a predicador chiflado...? Y, lo más importante, ¿qué cambiaría? Hemos resucitado a Hitler como epítome de lo que los terrícolas fueron. En Hitler, ese bárbaro genocida que a tantos semejantes mató, es donde realmente vemos la esencia de lo que esa especie es. Una estirpe de carniceros, de antropófagos asesinos, abocados siempre a la destrucción de sí mismos y de todo cuanto existía en su entorno. El dictador nazi sirve bien para lo que en nuestro Proyecto pretendemos; es una buena metonimia, un ejemplo válido, una parte por la que poder intuir el todo. Pero tú, no sé muy bien por qué, te opones a las conclusiones que de nuestro Proyecto extraemos. Encuentras no sé qué felicidad en creer que nos equivocamos, y pretendes oponernos a Jesucristo para castigar nuestra vanidad, ¡a Jesús de Nazaret, no el Dios, sino el humano, el predicador loco...! Quieres dignificarte a ti mismo, que aún no sé bien qué complejos de inferioridad tienes, y para ello quieres dignificar a los terrícolas... Pero ¿qué vas a conseguir, sinceramente, con revivir a un tarado que oía voces y tenía no sé qué capacidad de persuasión?

Recibí con paciencia su provocación e intenté responderle con calma.

—Siempre me has hablado de las consideraciones que se han de tener sobre los xenomorfos, de cómo las diferencias biológicas no deben llevarnos a juicios extremos o condescendientes... Entiendo que los hechos son los hechos, que algunas especies son más peligrosas que otras y que para establecer taxonomías están los proyectos como el nuestro. Pero ¿no estás dejándote llevar por sesgos? No eres capaz de imaginar a un solo terrícola en posesión de cualidades estimables. Imaginar a un Jesucristo sin capacidades metafísicas es, según tu lógica, imaginar a un loco. Con el debido respeto, ¿no eres capaz de penetrar, siquiera un poco más, en la historia de Jesús...? ¿De ver cómo ese hombre, esquizofrenias aparte, pudo predicar un mensaje de fraternidad, de amor, de igualdad, de todos los valores, en fin, opuestos a cuanto Hitler representa?

—Pongamos que te doy la razón —repuso el Supervisor con más paciencia que yo—. Que a Cristo, si es que existió, se le pueden disculpar los desvaríos si de él extraemos solo su bueno, sus prédicas, su supuesta filantropía, que estás atribuyendo al Jesús histórico sin tener apenas datos de este último. Puedo entender tu punto de vista; puedo comprender, y de veras lo digo, que nos veas

caer en la falacia de la generalización apresurada con Hitler... Quizá no sea la mejor metonimia, lo entiendo; pero ¿por qué Jesucristo? Si lo que buscas es tan solo un predicador, alguien que hablara de paz y amor en una especie determinada biológicamente a lo contrario, ¿por qué no otro personaje? ¿Por qué no John Lennon? Todo cuanto dijo este último no es demasiado inferior, cualitativamente hablando, de lo que predicó Cristo si aceptamos su existencia histórica. La diferencia está en que de Lennon sí tenemos datos empíricos y precisos. Si quieres un contrapunto a Hitler que aporte más objetividad al Proyecto, ¿qué problema ves en revivir al cantante de los Beatles?

—Si se me permite ser sincero, y con el debido respeto, la idea de Lennon, que no discuto, es tuya y no mía; si lo llevamos a cabo y sale bien, que no digo que no, todo mérito recaería sobre ti, y yo volvería a quedar en un segundo plano, reducido a chico de los recados o algo menor... No; quiero seguir adelante con una idea mía, y solo mía; quiero que, si cambia la opinión general sobre los terrícolas, sea gracias a mí, y solo a mí; ¡quiero, en definitiva, resucitar a Jesucristo!

—Lo que pasa —protestó el Rival, sardónico— es que no soportas cómo a mí se me ocurrió la idea de Hitler, y ahora, con tal de hacerme de menos, te las das de querer exaltar a los terrícolas como si hubieran sido una progenie más civilizada que la nuestra... Tonterías; recuerdo bien cómo, antes de tener yo la feliz idea, tu perspectiva era negra, mucho más que la nuestra... Tú despreciabas a los terrícolas más que todos nosotros, te reías de ello y dabas gracias de que ya no existieran en nuestra era. No es creíble que de pronto cambies de parecer solo porque vamos a presentar los resultados del Proyecto y mi nombre tenga mayor relevancia que el tuyo.

—En realidad solo me demuestras que tienes miedo —respondí—. Si tan seguro estás de tu idea sobre Hitler y de que tú eres quien más ha contribuido al Proyecto, ¿por qué no seguir adelante con mi idea? Total, según tu lógica mi idea no va a ir a ninguna parte... ¿No?

—No quiero entrar en la discusión —dijo entonces el Becario—, pero ¿habéis pensado en el problema que tendríamos con la Máquina? ¿Cómo vamos a revivir al Jesús histórico si apenas tenemos información de él, y ni siquiera la garantía de que existiera...? Recordad cómo funciona nuestra Máquina y los términos de posibilidades en los que nos movemos... Y lo digo, os lo puedo asegurar, sin ponerme de parte de nadie...

—No hay manera de demostrarlo hasta que lo intentemos —maticé—. ¡Probemos! Intentemos revivir a Cristo. Si no existe, que entiendo no queráis descartar esa posibilidad, la Máquina simplemente no funcionará; dará error, como ha pasado otras veces, y no supondrá ningún coste. Si así ocurre, no me importa que me dejéis fuera del Proyecto. ¡Tan seguro estoy de mi idea, que no veo problema en apostar con esta contundencia!

—Aquí nadie te va a echar del Proyecto —aseguró el Supervisor—. Cuestión aparte es que no estés satisfecho porque los resultados no satisfagan tanto tu vanidad... Pero, en fin, tontería es que yo insista. Estas convencidísimo y sin ganas de atender a razones; en estos casos, lo mejor es que tú mismo encuentres motivos por los que desistir en tu empeño. Vamos a la máquina y revivamos a Cristo; si funciona, libre eres de intentar todo lo que quieras intentar para dejarnos claro cómo Hitler no es el mejor ejemplo con el que caracterizar a los terrícolas... Si fracasas, la resurrección de Jesús habrá supuesto un coste inútil al equipo, un gasto muy elevado y no justificado, pero estoy dispuesto a asumirlo con tal de restablecerte la cordura...

—Yo también estoy dispuesto —agregó el Rival—, porque no te tengo ningún miedo y tu idea es una tontería enorme. Vas a quedar en evidencia, a demostrar que eres un lastre. Hasta ahora, tenías el consuelo de saber que, si no habías aportado demasiado, al menos tampoco habías entorpecido... Pero tu cabezonería te llevará a ser responsable del mayor gasto inútil que vamos a tener. Me parece estupendo.

—Os recuerdo —insistió el Becario— en que es posible que ni siquiera haya gasto, inútil o no... Para eso, Cristo tendría que existir. Si no, la Máquina no funcionará, y, si no funciona, la Máquina no gasta...

—Tendremos que comprobarlo, en cualquier caso —dijo el Supervisor—. Antes de ir hasta allí, debemos dar parte al Operario, para que lo disponga todo, y aprender arameo. Si la Máquina funciona, de alguna manera nos tendremos que comunicar con Cristo, ¿no?

Nos llevó un tiempo dominar ese idioma. Cuando los cinco pudimos hablarlo fluidamente, nos dirigimos a la Sala de la Máquina y el Operario se encargó de introducir todos los datos de que disponíamos. No convenía escatimar en fuentes. Todo valía. Aparte de los mismos Evangelios, canónicos y apócrifos, y aparte de Tácito con el Josefo, no hicimos desprecio a ningún intento historiográfico por biografiar al Jesús histórico, ni tampoco a ninguna representación, pictórica y escultórica, de Cristo, aunque todos convinimos en no contar con las imaginaciones más trastornadas de la Semana Santa española.

Con Hitler había sido todo mucho más fácil. Lo sabía no porque hubiera estado yo presente, que me desentendí todo el rato, sino por lo que me comentaron ellos. Con un individuo cuya existencia está comprobada, la Máquina funciona de un modo rápido, limpio, pulcro y eficiente. Pero es todo mucho más rudimentario con una criatura tan ambigua. La Máquina trabaja, porque está bien diseñada, pero a trompicones. Las pistas, más si son eficientes, aligeran la carga, pero tampoco rompen por completo la dificultad de base que en este caso veíamos.

Con todo, mi ocurrencia funcionó, o al menos eso parecía. Toda la información introducida sirvió para acotar las coordenadas de al menos un individuo concreto, biografiado y de existencia histórica, comprobada. A través

del cristal pudimos ver cómo dentro del cubículo se transubstanciaba la persona en cuestión. A todos nos produjo un espanto enorme ver frente a nosotros el desglose de una biología tan extraña y dispar frente a la nuestra. Ellos ya tenían experiencia de haber visto lo mismo con Hitler, pero difícilmente pudieron disimular el asco. Siquiera el Supervisor, por muchas ideas revolucionarias que tuviera sobre la dignidad de los xenomorfos.

El hombre que ante nosotros surgía, además, era muy viejo. Dentro de que ninguno ubicábamos bien la vejez terrícola, con esa criatura había pocas dudas; el estado en el que estaba, además, superaba al de cualquier otro humano que hubiésemos visto en fotografías o vídeos. Era un sujeto arrugado hasta más no poder, canoso y parcialmente calvo, con una barba larguísima, grisácea y desmigajada.

—¿No es este demasiado viejo para ser Jesucristo? —dijo entonces el Rival—  
¿No murió Jesús con treinta años? Me da que la Máquina ha revivido a una persona distinta, a un viejo inútil para nuestro Proyecto, y que el responsable del gasto es, por supuesto, el inútil que nos ha llevado a este disparate...

—Hemos convenido en que el Jesús mesiánico, divino y metafísico es puro material ficticio —protesté—. Si es falso lo de sus milagros, también pudo ser falsa su crucifixión o, al menos, que tuviera lugar durante su lozanía.

—Os puedo asegurar que la Máquina no falla —intervino el Operario—. Hemos introducido todo cuanto sabemos de Jesucristo, y ante nosotros tenemos a esta criatura. Si así ha ocurrido es porque esta persona, amigos míos, es Cristo, nos guste o no; o, al menos, lo más parecido a Cristo que sobre la Tierra existió... Puede agradarnos más o menos, pero ahí tenéis a Jesús despojado de todos los ropajes ficcionales; es ya un hecho empírico que murió más viejo de lo que se presupone. Si va a ser útil o interesante al Proyecto un anciano así, no es tarea mía juzgarlo; os recuerdo que yo solo soy el Operario, que mi tarea es solo poner en funcionamiento la Máquina, y que del para qué os encargáis vosotros, solo vosotros...

Mientras tanto, el presunto Cristo se encontraba completamente horrorizado de contemplarnos a nosotros a través del cristal. La repugnancia de ver una forma extraña y tan biológicamente distinta, que nosotros sentíamos, se multiplicó con creces en él, a quien se le sumaba el agravante de que fuera este el primer estímulo sensorial que tenía desde su primera muerte. El supuesto Jesús, horrorizado, daba alaridos de terror y golpeaba el cristal, poseído por el pánico; nos miraba, nos señalaba e incluso hacía amago de atacarnos.

Hasta ahí, todo entraba dentro de lo predecible; según me aseguraron todos, con Hitler había sido similar e incluso peor. El Operario, entonces, procedió con su labor y empezó a hablar a Cristo a través del micrófono, en un arameo excelente y con el tono más afable posible.

—Estimado Jesús de Nazaret: le pedimos, por favor, que se relaje. Entendemos que esta ha de ser para usted una experiencia traumática, pero queremos asegurarle que se encuentra a salvo, que no le va a pasar nada y que, si nos permite explicarnos, nosotros...

Pero, y ahí tuvo lugar el primer problema, Jesús no parecía entender ni una palabra de cuantas el Operario decía. Si el arameo era realmente su lengua, se tenía que haber vuelto sordo o algo similar. Se me ocurrió, entonces, probar con el lenguaje de signos, pero me amonestaron alegando que no se había inventado aún en tiempos de Cristo. Nos dimos cuenta, además, de que, entre alarido y alarido, distinguíamos alguna palabra suelta de todo cuanto salía por su boca. El idioma en el que hablaba, que en nada se parecía al arameo, nos era por completo desconocido. El Becario, entonces, intentó hablarle en alemán, que habían tenido que aprender todos ellos —yo no— para lo de Hitler cuando hicieron lo propio con el dictador alemán. Pero nuestro Jesús tampoco parecía entender ni una palabra de la lengua germánica. El Operario, entonces, intentó tranquilizarlo con gestos; no surtió realmente resultado, pero a lo menos conseguimos que dejase de gritar.

—Son ya muchos detalles incómodos —protestó el Rival—. Murió viejo, no sabe arameo, habla en un idioma que no entendemos... Insisto, ¿qué garantía tenemos de que este sea Cristo?

—Tiene que serlo —insistió el Operario—, o, al menos, lo más parecido que en la Tierra se le puede encontrar... De verdad lo digo: si Cristo no hubiese existido, la Máquina no habría devuelto resultados... Simplemente habría dado error. Os doy toda mi garantía.

—Aún tenemos una manera de comprobarlo —dije—. Si es Jesucristo, ¿reconocerá, al menos, su nombre, no? ¡Tú! ¡El que está al otro lado del cristal! Sé que no me entiendes, pero ¿eres Jesús? ¿Eres Cristo? ¿Eres Jesús de Nazaret? ¿Tú Jesús Cristo?

Intenté señalarlo y hacerle entender que le estaba preguntando por su nombre. Al parecer, y contra lo que sinceramente esperaba, el anciano me entendió. Entonces negó con la cabeza.

—Non! Non! Non, minime, nequaquam! Iēsus, non! Iēsus ego non sum, sed Lucius! Ego, Lucius! —dijo, justo antes de golpearse el pecho— Lucius! Lucius mihi nomen est, Lucius ego sum!

—Sigo sin entender el idioma en el que habla —dijo el Rival—, pero, llamadme loco, para mí que está diciendo, y de forma explícita, que no se llama Jesús, y que su nombre es Lucius... En fin, que hemos invertido dinero y recursos del Proyecto en revivir a un tal Lucius, del que no sabemos nada, y cuya utilidad para lo que nos interesa es, si no nula, al menos dudosa...

—Se llamará Lucius, pero algún vínculo tendrá que tener con Cristo si la Máquina ha acotado sus coordenadas —contestó el Operario—. Os puedo

asegurar que son muchos años manejando la Máquina y sé cómo funciona... No habría revivido a un individuo aleatorio y sin relación con Jesús. El problema ahora es que, por mucho que queramos, no podemos comunicarnos con nuestro amigo Lucius... Él no sabe arameo, y desde luego que tampoco alemán, y nos está hablando en un idioma que no entendemos... Tampoco somos capaces de identificarlo, pero eso tiene fácil solución. Dejarme un tiempo a solas con él y os avisaré. Después quedará dominar su lengua e intentar establecer una conversación, que os aseguro será muy reveladora y nos permitirá esclarecer su conexión con Jesucristo... Solo os pido paciencia. Mientras, aprovecharé para administrarle por el conducto de gas las drogas necesarias en estos procedimientos, que está muy nervioso, y con vuestras voces solo se alterará más... Dadme un momento, por favor.

Al poco, el Operario nos notificó que el idioma de Lucius era el latín, y nos dispusimos a aprenderlo tal como antes habíamos hecho, aunque inútilmente, con el arameo. Cuando lo hubimos dominado con fluidez, regresamos todos a la Sala de la Máquina. Y entonces hablé en latín.

—¡Lucius, escúchame! ¿Qué relación tienes con Jesucristo?

Lucius, que estaba mucho más tranquilo, ignoró mi pregunta. Pero reconoció que le estaba hablando en una lengua que él entendía. Nos miró a todos de nuevo; pese al efecto de las drogas, y pese a la aparente calma, se veía en su mirada un resquicio de nerviosismo, que no disimuló al preguntarnos lo siguiente:

—¿Qué son estas criaturas espantosas que ante mis ojos se presentan? ¿Estoy en el Tártaro, con titanes y monstruos de toda índole? ¿Mi valor en el campo de batalla no me hace merecedor del Elíseo, siquiera de los prados Asfódelos? ¿Sois acaso Minos, Éaco y Radamanto, que venís a juzgarme? Pero ¿por qué no han hecho efecto en mí las aguas del Leteo? ¿Por qué siguen azotándome los tristísimos recuerdos que tanto me han emponzoñado mi miserable vida?

—No sé a qué mitología se está refiriendo —dijo el Rival—, pero estoy seguro de que no es el cristianismo. ¿Alguien discrepa?

El Operario ignoró su pregunta y volvió a dirigirse a Lucius con mucha dulzura.

—Amigo Lucius... Porque te llamas Lucius, ¿no? Quiero que me escuches... Y que te tranquilices. No sé qué religión terrícola tenías en tu primera vida... Supongo que estás aludiendo a las creencias que desde niño te han implantado y que has asumido como ciertas. Entiendo que te fueron consoladoras en los momentos más difíciles, pero, escúchame... Si estás aquí y ahora es porque, mal que me pese, todo lo que diste por cierto era mentira; no quiero decir que te haya mentido, intencionadamente, la gente que te inculcó esas creencias, que seguro que te quería, pero... En fin; ya ves que has muerto, amigo mío, y que no hay Tártaro, ni Elíseo, ni prados Asfódelos, ni aguas del Leteo, y nosotros no venimos

a juzgarte, ni somos Minos, Éaco o como se llame el otro que has nombrado... Yo tan solo soy el Operario, y soy tu amigo, quiero ayudarte y mi tarea ahora es decirte que las religiones son falsas, como también son falsos los dioses, que no existen ni existirán jamás... Sí, entiendo que es una cruda revelación, pero...

—¡Mientes! ¡Mientes! ¡Mientes! —chilló Lucius— ¡Podría aceptarlo! ¡Podría aceptarlo de Júpiter, de Venus, de Vulcano y de otros tantos cuyas historias me empezaron a resultar cada vez más disparatadas en la vejez...! ¡Hasta de Marte, de quien tanto tiempo fui devoto...! ¡Pero no del otro Dios, del verdadero Dios, del Dios que se preocupa incansablemente por mí y por todos sus fieles...!

—No hay Dios que valga, y más te vale asumirlo lo antes posible —siguió el Operario—... Entiendo, de verdad, que te sea duro... No me quiero posicionar como civilización superior al decírtelo... Entiendo lo de la ética y que no hay que sentirse superior a los xenomorfos... Pero tampoco te puedo mentir... Me está prohibido por contrato, ¿lo entiendes? Te he suministrado drogas para que todo te sea llevadero... Como llevadero te tiene que ser conocer la respuesta a esa pregunta que tantas veces te habrás hecho, esto es, lo que realmente hay después de la muerte. Has muerto, ya lo ves, y ahora estás aquí, vivo de nuevo, y con nosotros... El universo, las galaxias, el cosmos, todo ello es un continuo infinito e inabarcable por un cerebro como el de tu especie, y lo digo, créeme, sin afán de sentirme superior a ningún xenomorfo... Entiéndeme... La cuestión es que, de entre todas las infinitas posibilidades que alberga la eternidad del cosmos, es causa posible y necesaria que, en algún momento del espaciotiempo, una civilización cualquiera encuentre un motivo por el que restaurar la conciencia de cada individuo que murió en el pasado, y eso es justo lo que ha ocurrido aquí... Eso, y ninguna otra cosa, es lo que hay después de la muerte; porque la muerte, en sí, no existe dentro de la vida, y uno no puede contemplar su propia muerte, sino saltar al siguiente estado de consciencia, al siguiente momento en el que la mente de uno queda restaurada... Hay civilizaciones bárbaras, sádicas y horribles que reviven consciencias solo para torturarlas, para atormentarlas, porque se gozan en ello, y sus víctimas pasan por algo parecido a lo que tú llamas Tártaro; pero, y te lo puedo asegurar, nosotros no somos así... Somos gente de paz, ¿entiendes? Y no queremos hacerte ningún daño... Solo queremos tu colaboración, que es totalmente voluntaria y no obligatoria, para un Proyecto nuestro... Y para ello es mejor que cooperes, ¿entiendes? En realidad, Lucius, sabemos muy poco de ti, y no te conocíamos siquiera por ese nombre... La conciencia que queríamos resucitar, tenga sentido o no, es la de Jesucristo, ¿sabes? Jesús de Nazaret, el hijo de la virgen María, como lo quieras llamar... Ahora, contéstame, y tómate el tiempo que necesites: ¿qué relación tenías, amigo Lucius, con Jesucristo?

Lucius ignoró la mayor parte de la larga plática que, con calma rutinaria, había emitido el Operario. Solo despegó los labios para puntualizar un detalle que, por absurdo, nos sorprendió a todos:

—¿Hijo de la virgen María? ¿Qué disparate es ese? ¿Cómo puede ser una persona hija de una virgen? ¡Eso es contradictorio! No tengo idea de qué clase de criaturas sois ni de cómo es vuestra civilización o vuestra naturaleza, pero ¿tienen hijos vuestras vírgenes...? ¡Ridículo, ridículo, no lo puedo aceptar...! ¡Primero, que no existe mi Dios, y ahora que tienen hijos las vírgenes...! ¡Inaceptable!

—¡Está bien, está bien! ¡Ignoro lo que he dicho sobre un hijo de una virgen...! No pasa nada; pero necesitamos saber de ti... Dime, Lucius... Porque te llamas Lucius, ¿no, amigo mío?

—¡Mi nombre es Lucio Voreno!

El Supervisor, en cuanto hubo escuchado ese nombre, dio orden al Becario de que lo rastrease en nuestra base de datos. El Rival, mientras tanto, se veía cada vez más convencido, y con más ganas de humillarme, y por ello interpeló a Lucio Voreno en los siguientes términos:

—¡Escúchame, Lucio Voreno! ¡Dime una cosa y confírmame ahora! ¿No tienes nada que ver, absolutamente nada, con Jesucristo, con Jesús de Nazaret, a quien no reconoces y cuya Inmaculada Concepción te parece un disparate, verdad...?

—¡Claro que tengo que ver con Jesucristo! —protestó Lucio Voreno, con más enfado que nunca— ¡Jesucristo existe por mí, por mí, por mí! ¡Esa Inmaculada Concepción, tal como la llamáis, es una concepción poética! Jesucristo no fue concebido por ninguna virgen María, aunque sí di el nombre de María a su madre; Jesucristo fue concebido, primero, por la musa Calíope, que puso en mí la inspiración y la vena poética, y luego por mí, que compuse el...

—¡Lo he encontrado! —gritó entonces el Becario— ¡Aquí está! ¡Lucio Voreno! ¡Sí existió; mirad, fue un centurión romano...!

—¡Lucio Voreno! —exclamé entonces yo, dirigiéndome al interpelado— ¿Fuiste tú un centurión romano?

—¡Así es, y al servicio de la causa más honorable que jamás ha existido!

—¡Bien! —dijo el Rival en tono sarcástico— Creo que ya tenemos la resolución al problema. Jesucristo no existió, de eso no hay dudas; Jesucristo, en realidad, fue la invención desquiciada de un centurión romano llamado Lucio Voreno, y al que tenemos delante. ¡Enhorabuena, héroe, que tú solo has conseguido devolverle la gloria a este Proyecto! Cuéntame, ¿qué condenada utilidad vamos a sacar, maldita sea, de un soldado chalado y con ínfulas de poeta?

—¡No tan deprisa! —protesté— Pongamos, y ahora no hay duda de ello, que Jesucristo es un personaje ficticio, literario, y que la Máquina se ha limitado a devolvernos a su creador original... ¡Bien! Pero ¿no eres consciente, tremendo botarate, de que la ficción solo puede existir porque existe la realidad, y que la primera bebe siempre de la segunda? ¿Jesucristo es un personaje de ficción? ¡Muy bien, lo acepto! Pero ¿no pudo haberse inspirado en un sujeto histórico, real,

biografiable? ¡Lucio Voreno, escúchame! Nos ha quedado claro que tú te inventaste a Jesucristo, ¿no? ¡Ahora dime! ¿Fue esa, acaso, una invención desde cero? ¿O te inspiraste en alguien? Porque la poesía, aunque sea inspiración de las musas según tus creencias, bebe de la realidad, ¿me lo vas a negar? ¡Dime, Lucio Voreno? ¿Hubo una persona en quien te inspiraste para inventarte a tu Jesucristo? ¿Algún predicador hebreo, alguien? ¡Responde!

—¡Claro que sí! —respondió Lucio Voreno, con mucho orgullo— ¡La poesía ha de embellecer nuestro mundo, el mundo real, y nos permite crear otro nuevo, el mundo poético, pero en este solo enmascaramos, aunque más colorida, nuestra misma realidad! ¡Claro que me inspiré en alguien para inventar a Jesucristo, en alguien real! ¡Y en la persona más virtuosa que jamás ha existido, cuyas virtudes quise poner en Cristo una por una, para que brillasen por sí solas y pudiera hacerlas valer más allá de los odios y calumnias que el tan virtuoso sufrió...! Pero ¿he dicho persona? ¡No, que hablo de un Dios...! ¡Hablo de alguien que fue humano en vida, pero tras su muerte se convirtió en Dios, en Dios, y esa apoteosis es real por mucho que digáis que los dioses no existen!

—¡Bien! ¡Bien! ¡Bravo! ¡Espléndido! —exclamé, mirando con odio al Rival— ¡Ahora lo sabemos... Jesucristo sí fue real, o, mejor dicho, tras Jesucristo sí se esconde un individuo real, auténtico, histórico, biografiable...! ¡Un individuo, según vemos, que fue virtuoso, que fue quizá el más valioso de los seres humanos! Un individuo que, en definitiva, puede hacernos ver cómo Hitler es, en realidad, un ejemplo escogido con malicia y para hacer ver a los terrícolas como más horribles de lo que fueron. ¡Lucio Voreno ha hablado! Y ahora dime de nuevo, Lucio Voreno; ¿quién ese ese individuo? ¿Cuál es ese nombre? ¿Cómo se llama esa persona que, según tú, es tan virtuosa y que te inspiró para...?

—¡No es una persona! ¡No, no, no lo es! ¡Ya no! ¡Es un Dios, un Dios, un Dios? ¿No lo entendéis? ¿No entendéis por qué hice que Cristo fuera divino? ¡Para reflejar esto, justo esto, para hacer ver que su muerte no fue el fin, sino el principio, que el que era hombre ahora es Dios y...!

—¡Muy bien, muy bien, no quiero teologías ahora...! —dije— ¡Persona, Dios, lo que sea...! Pero, ¡su nombre, Lucio Voreno, su nombre...! ¡Dinos su nombre!

—Su nombre —entonó, con mucha solemnidad, Lucio Voreno— es el del más valeroso de los que fueron mortales, que en vida demostró sus virtudes y que no pudo ser igualado por nadie... El más glorioso de los que fueron mortales, que ahora es, a su vez, el más glorioso de todos los Dioses que velan por nosotros en el Olimpo... ¡Su nombre es Cayo Julio César!

Miré a mis compañeros, que estaban tan sorprendidos como yo, y solo pude articular una frase:

—Ahora entiendo la Divina Comedia.

*(Continuará)*